

# LOS SUJETOS DEL CONFLICTO INTERNO EN COLOMBIA. UNA APROXIMACIÓN PSICOLÓGICA

Jaime Samudio Díaz\*

## RESUMEN

Los estudios sobre la formación de los sujetos de la violencia conducen a entender que se diferencian de los no violentos. Las organizaciones violentas convocan a quienes tienen la formación adecuada a sus fines o los forman para ello espontánea o deliberadamente. El sujeto de la violencia tiene, entonces, uno de dos orígenes: por deficiente humanización en la infancia o por deshumanización en la adolescencia o en la adultez. Esta deshumanización se expresa, ante todo, en una baja capacidad empática entendida como incapacidad para colocarse en el lugar del otro. Pero también existen sujetos indirectos de la violencia que, sin ejercerla directa y personalmente, son responsables de las decisiones de su realización así como de su factibilidad. Estas formas indirectas de participar en las acciones violentas requieren sujetos diferentes de los ejecutores directos de la violencia: con bajo desarrollo moral o con un buen desarrollo moral acompañado por una relación abstracta con las víctimas u objetos de violencia, que puede ser facilitada por una alta ideologización. Las diferentes clases de sujetos de violencia de nuestro país plantean también diversos problemas y tareas a una posible post-guerra y a la prevención de posibles guerras futuras, en todo lo cual la Psicología debe hacer importantes contribuciones.

Palabras clave: Sujetos de violencia, humanización, deshumanización, empatía.

## ABSTRACT

Studies about the formation of subjects resulting from violence lead to an understanding of the differences of those resulting from not violent environments. Violent organizations convoke those who have an adequate formation to satisfy their needs or prepare them either spontaneously or deliberately. The subject resulting from violence has, then, one of two origins: by humanization deficiency during childhood or by dehumanization during adolescence or adulthood. This dehumanization is represented by a low empathic capacity, understood as the inability to put in someone else's place. But there are also subjects indirectly resulting from violence who, without a direct and personal participation, are responsible for the decisions made in relation to its execution and feasibility. These indirect participation ways require subjects different from those acting as executors: with a low moral development or with a high moral development accompanied by an abstract relation with the victims or violence aims, which can be facilitated by a high ideologization. In our country, the different kinds of subjects resulting from violence also state diverse problems and tasks for a possible postwar and for the prevention of possible future wars, where Psychology may provide important contributions.

Key words: Violence, humanization, dehumanization, empathy, subject.

\* Psicólogo Universidad Nacional, Magíster en Desarrollo Educativo y Social, CINDE-UPN, Decano Facultad de Psicología, Fundación Universitaria Los Libertadores. [jsamudio@cit.ulibertadores.edu.co](mailto:jsamudio@cit.ulibertadores.edu.co)

**E**s necesario explicitar las ideas de las que partimos para realizar nuestros planteamientos acerca de la relación violencia-desarrollo humano en Colombia, aunque algunas de ellas parezcan obvias. Primera: la guerra está conformada por múltiples comportamientos violentos de unos hombres contra otros, realizados como parte de una organización armada que busca objetivos colectivos - o supuestamente colectivos - que, por lo menos para una de las partes contendientes, no son o no parecen alcanzables por métodos no violentos. En consecuencia, los comportamientos realizados en las guerras, en cuanto tales, son objetos de estudio psicológico. No existen comportamientos excluibles de estudio por parte de la Psicología. Segunda: aunque sean objetos de estudio psicológico, los comportamientos de guerra no son explicables a partir de factores psicológicos si se entiende por ellos únicamente los relativos a las propias características psíquicas de los individuos que se comportan. Antecede una pregunta relativa a las razones que llevan a las organizaciones armadas a la guerra y, más aún, conviene preguntarse sobre las razones que explican su existencia ¿por qué ha sido constituida la organización armada? Tercera: las guerras expresan una crisis en el desarrollo social. Hombres antes pacíficos deciden que no pueden seguir relacionándose de la misma manera en que lo hacían por considerarlo indigno o por considerarse dignos de relaciones sociales más convenientes a la idea que tienen de sí mismos o de un futuro posible. Puesto que la vida se pone en juego en la guerra, solo algo superior a ella la justifica y esto es el sentido de su dignidad. No importa que sus promotores no lo formulen así: están dispuestos a ofrendar su vida por una vida mejor para sí o los suyos. Mantener la actual vida

resignadamente ya no es posible, es preferible la muerte. Aquí es inevitable un nuevo sentido de la dignidad humana. En las guerras, por lo menos en su origen, este sentido está muy presente.

Siempre es posible que a una organización armada ingresen personas con un sentido nada profundo ni altruista, con la finalidad de obtener algún beneficio personal, sea éste material o el posible poder, prestigio o posición que podrían obtenerse como resultados de la guerra. Lamentablemente en la nuestra es probable que se hayan vinculado en proporción creciente personas que obedecen a esta condición. Pero lo que ocurre en Colombia no es una guerra de expoliación, ni de dominio, ni es puro bandidaje. Tiene orígenes históricos conocidos aunque haya devenido en algo casi inexplicable en el contexto nacional presente y no obstando los múltiples desequilibrios y arbitrariedades de éste.

### Guerra y deshumanización

En el conflicto interno colombiano, como en toda guerra - aunque a veces parece conveniente convencernos con cifras de que no en mayor medida - se realizan muchas acciones, no solo terribles, sino que algunas evidencian características de sus autores clasificables psicopatológicamente. Sin embargo, he llegado a considerar que mucha gente supone que los sujetos de la guerra son siempre los mismos de la paz pero enfrentando situaciones distintas, especialmente arriesgadas y dolorosas. Esto, que a mi parecer es una concepción errónea, es importante aclararlo desde la Psicología, pues de su comprensión se desprenderán algunas consecuencias que deben ser atendidas para su superación. No se puede, ni se debe, pretender explicar la guerra en fun-

ción del desarrollo psíquico de sus participantes. Es el desarrollo de estos sujetos lo que está en dependencia creciente de la dinámica bélica.

Desde nuestra perspectiva, tal vez debamos entender que una guerra como la colombiana es una crisis en la evolución social en la que los contendores le apuestan su propia vida a una visión del desarrollo humano. No importa si de esto no son conscientes la mayoría de ellos. Sin desconocer los horrores y el envilecimiento de muchos hombres y mujeres en esta guerra, como en cualquier otra, y el atraso que conlleva para nuestro país, debemos reconocer que ese es uno de los sentidos más respetables de las guerras.

Sin embargo, toda guerra es un proceso deshumanizante. Los actos de guerra son, por definición, inhumanos. Por ello la guerra contradice a lo que el hombre es. No a su naturaleza -que no define a cada hombre en su esencia- sino a su construcción humanizante. A esta "humanización" le es inherente el que cada hombre vea en cada otro hombre a un semejante, no porque lo dicte su naturaleza -que en esto no participa como ha dejado claro la Psicología Genética (Wallon 1985)- sino porque las propias elaboraciones culturales y el proceso de construcción de cada persona conllevan esa identificación con el otro, no puramente cognoscitiva o afectiva, sino afectivo-cognoscitiva o más bien, esencial y existencial. Lo que se deriva de esa capacidad de identificarnos con el otro o capacidad empática, son nuestras limitaciones para agredirlo y hacerle daño.

Por su índole, la guerra excluye esta capacidad de identificación, esta empatía y, para ello, desconoce a las víctimas su semejanza con el agresor, de ser posible negándole hasta su condición humana.

Pero antes deshumaniza al propio agresor negándole la capacidad de ver en el otro lo inherente a sus congéneres y conduciéndolo a actuar de manera inapropiada para ellos, como instrumento de su propia destrucción.

La guerra requiere de sujetos de la guerra, no de sujetos de paz, los convoca o los forma deliberada o espontáneamente para sus fines. En el frente de guerra son necesarios sujetos de la guerra. Tristemente Colombia parece un campo minado de personalidades dispuestas a explotar que son excelentes candidatos a ingresar a las filas de los guerreros. Candidatos que existen en mayor proporción en sectores del campo que en las ciudades, donde las tasas de criminalidad son menos altas según muestran las estadísticas de los últimos cincuenta años (Lozada & Vélez, 1991).

El maltrato físico y psíquico a los menores, facilitado por el predominio de una cultura patriarcal, es el caldo de cultivo privado de los sujetos de la violencia, de la cotidiana y de la política (Samudio, 2001). Estas prácticas autoritarias en la crianza conllevan deficiencias en la construcción de la identidad o, lo que es lo mismo, en la humanización que, así como convierten a sus portadores en candidatos al fracaso escolar, laboral y afectivo, los hacen sujetos aptos para la violencia debido a su baja empatía, la cual les evita cualquier implicación afectiva con las víctimas que pudiera ser inhibidora del acto agresor (Rey, 2001).

Por supuesto, la guerra capta también a idealistas valerosos que deciden sacrificar, no solo su bienestar, sino su vida en beneficio de sus ideales. En los años sesentas y setentas, éstos conformaron una parte muy significativa de estas organizaciones en Colombia y, de seguro, en la actualidad,

son una proporción de ellas nada despreciable, aunque menor a las de esos años debido al fracaso histórico de las sociedades socialistas y a la consiguiente deserción de las ideas y luchas revolucionarias por parte de la mayoría de la intelectualidad que en el pasado participó de ellas. Estos idealistas también, por supuesto, pueden recorrer un proceso deshumanizante.

### Ética y deshumanización

Si bien la baja capacidad empática es condición necesaria para el ejercicio deliberado de la violencia en busca de la muerte o el sufrimiento del adversario, no es condición suficiente para ello. Se requiere la toma de una decisión en tal sentido que, por supuesto, conlleva un criterio moral. Una decisión que implica al hombre en cuanto sujeto de sus propias acciones.

Aún incapacitado para “colocarse en el lugar del otro”, para interpretar el posible sufrimiento que le puede causar, el agresor potencial conserva la condición de sujeto determinante de sus propias acciones, puesto que no solo reconoce al otro como un congénere, cuando no como un semejante, sino que conserva su formación moral en el sentido de su concepto de justicia, los ideales de sí y de la vida que vale la pena vivir, de lo humanamente respetable, los cuales son fundamento racional de una ética o en caso contrario, las creencias religiosas en que sustenta su moral. Y esta formación, lo mismo que estas creencias, se supone son premisas y fundamentos de su vinculación a la lucha armada.

De manera que los guerreros cuya formación moral previa expresaba una buena socialización, luego de afrontar las dolorosas experiencias de la guerra que reducen su empatía, continuarán decidiendo sus acciones violentas con cri-

terio moral. Por consiguiente, la pérdida de empatía no ha de tener las mismas consecuencias en sujetos de bajo y alto desarrollo moral. En los primeros, con desarrollo moral preconventional -en términos de Kohlberg (1976)- están dadas todas las condiciones para los excesos, la sevicia, los actos atroces. En los segundos, la dignidad dolorosa de la guerra.

### Sujetos directos e indirectos de la guerra

Es razonable suponer que existan diferencias, por lo menos inicialmente, en formación y desarrollo humano entre los sujetos de la guerra que ejercen directamente la violencia y los que no la ejercen personalmente pero participan en su organización, dirección y en todo aquello que la hace factible.

¿Todos los integrantes de organizaciones armadas sufren la deshumanización facilitada por las guerras? ¿Para todas las labores requeridas por esas organizaciones son convenientes sujetos deficientemente humanizados? No. Solamente los sujetos directos de la violencia, sus ejecutores, sufren procesos deshumanizantes. Los demás, los que realizan otros tipos de labores al servicio de la guerra, basta con que sean partícipes morales de sus acciones y, en este sentido, es posible que evolucionen cada vez más de manera conveniente a su organización y lleguen a considerar justo, necesario, equitativo, en general, de acuerdo con una buena moral, todo lo que sirva a sus fines. De este modo también estas organizaciones crean las condiciones morales para su propia actuación.

Los sujetos indirectos de la guerra tienen una relación con sus víctimas puramente intelectual, abstracta e ideologizada, que facilita su solidaridad moral con los guerreros y a la vez, les salvaguarda del

trauma emocional que podría suscitar la identificación con ellas.

Una organización armada se caracteriza, por supuesto, por hacer uso de las armas para alcanzar sus objetivos. Sin embargo, no está conformada solamente por personas que ejercen violencia. Quienes ejercen directamente la violencia y recorren un proceso deshumanizante, si no son productos de él, son una parte de la organización que puede tener una magnitud semejante a la conformada por quienes facilitan su existencia sin participar de sus acciones armadas. La mayoría de estos necesitan, para su buen desempeño, de características normales, comunes, generalmente de salud mental y, aunque sean partícipes indirectos de la discutible moral maniquea de sus organizaciones, pueden alcanzar un desarrollo intelectual y cualidades humanas en algunos casos de orden superior. Por ello, desde el punto de vista del desarrollo moral, el comportamiento de los participantes en nuestro conflicto interior es complejo y diverso y conviene evitar generalizaciones al juzgarlos.

### El predominio de los factores subjetivos

Tradicionalmente los estudios de los conflictos sociales en busca de su explicación indagan por los factores objetivos a los que supuestamente deben obedecer. Asumen que las raíces de la violencia están en la pobreza, la desigualdad y la opresión y la exclusión estatales. Esta concepción, en nuestro medio, tiene origen especialmente en el marxismo y en planteamientos

como los de Camilo Torres Restrepo. Y es la más extendida interpretación de la violencia tanto en la población, como en los medios intelectuales. Pero paradójicamente, en la violencia del actual período colombiano, los factores subjetivos parecen haber alcanzado un poder explicativo que generalmente no se les concede, como trataremos de sustentar.

Al analizar las últimas décadas, particularmente desde 1970 hasta el año 2000, lo primero que salta a la vista es que no existe relación entre inequidad social y violencia. En este período se redujo la pobreza, mejoró en algo la distribución del ingreso y creció la presencia del Estado en las regiones (reflejada en sus inversiones y en las transferencias del Gobierno Nacional) (Montenegro y Posada 2001).<sup>1</sup>

En nuestro país existen sin duda inequidad económica, pobreza e ineficacia de la justicia, entre otras características que exigen profundas reformas. Sin embargo, es significativo que se haya incrementado la violencia paralelamente al crecimiento económico y a grandes reformas políticas como las establecidas en la Constitución de 1991. Es significativo también que nuestra sociedad tenga mayores índices de violencia que sociedades más pobres, más inequitativas, más opresivas. Esto hace evidente, en nuestro concepto, el predominio de factores subjetivos sobre los objetivos en la determinación de nuestro conflicto armado.

Sin embargo, al plantear que el actual conflicto interno tiene su determinante más en factores subjetivos que objetivos, no estamos afirmando que sea algo

<sup>1</sup> Desde 1997 hasta el 2002 esta situación cambió como expresión de la crisis económica que sufre nuestro país. Sin embargo, el autor, lo mismo que numerosos investigadores de la violencia colombiana, considera que, por lo excepcional, esta crisis no permite caracterizar la evolución socioeconómica del país ni explicar el comportamiento de las organizaciones armadas ilegales, el cual conserva en el presente las características que ha tenido en los últimos tres lustros.

totalmente arbitrario e inexplicable, sino que su explicación es de otra índole: de hecho nos conduce tanto a la Psicología Social como a la Psicohistoria. Al contrario de lo que suponen quienes buscan la explicación de las guerras solamente en las circunstancias que las rodean, en los factores o causas “objetivas”, los factores subjetivos, entendiendo por ellos las ideas que del estado de cosas han tenido quienes van a la guerra, siempre han sido importantes para explicarla. Ya Kimball Young en su *Psicología Social de la Revolución y la Guerra* (1969), al estudiar varias grandes revoluciones señaló:

“...debemos ser cautelosos al aceptar que las condiciones económicas graves son causa de las revoluciones... La acción revolucionaria no es el resultado de la degradación, el completo desaliento y la resignación con la propia suerte. Debe producirse por el contrario, una combinación de dificultades y sentimientos de injusticia, junto con un mejoramiento relativo de las condiciones, en comparación con el pasado... En los años que precedieron a la revolución francesa como a la rusa, los campesinos eran dueños de un tercio de la tierra. Las colonias norteamericanas eran en 1776 las mejor gobernadas del mundo. Estar completamente vencido y aceptar la situación, no lleva a la revuelta sino a la resignación. No son las masas sometidas por completo e incapaces ya de soportar más represión las que hacen las revoluciones. Debe haber fe en el progreso; no debe haber una represión tal que la revuelta esté destinada al fracaso, y deben surgir líderes y un nuevo mito” (p. 72).

Además de reconocer que un levantamiento en armas en busca de profundos cambios sociales no está necesariamente asociado con un deterioro extremo en las condiciones de vida de la población, en el

planteamiento de Kimball Young hay una condición que debemos destacar: “deben surgir líderes y un nuevo mito”.

Parece evidente que al comenzar la década de los años noventa se presenta una crisis ideológica en la guerrilla que venía gestándose un poco antes. La Perestroika y el establecimiento de la Constitución de 1991 conllevan consecuencias ideológicamente debilitantes de la propuesta revolucionaria: en Colombia y, en el mundo, se fortalece la hegemonía ideológica burguesa, surge el pesimismo histórico que absolutiza el presente neoliberal y niega toda posibilidad de cambios sociales cualitativos. Además, en Colombia aumenta la legitimidad del estado gracias a la descentralización y a la participación en las instituciones de sectores antes excluidos: indígenas, negritudes, ex guerrilleros de varias organizaciones.

La revitalización ideológica del capitalismo y la crisis ideológica de las organizaciones guerrilleras repercuten negativamente sobre el crecimiento y la composición de éstas. No solo deserta una parte de la intelectualidad “democrática” que, antes simpatizante y solidaria con su causa, pasa a ser crítica de ella -con frecuencia especialmente conocedora y severa-, sino que ya no es posible reemplazarla y el crecimiento guerrillero debe contar con nuevos integrantes cualitativamente diferentes. El reclutamiento se orienta casi exclusivamente hacia quienes por su problemática socioeconómica pueden encontrar en el proyecto revolucionario un sentido político a su malestar personal. Si bien conquistar estos sectores siempre fue interés de estas organizaciones, nunca pretendieron que asumieran el papel que en el pasado se adscribió a los líderes comunitarios y sindicales cada vez menos “enganchables”. En consecuencia, no solo

ha bajado el nivel intelectual y político de los integrantes de las guerrillas sino que entre estos las problemáticas familiares y personales parecen estar cada vez más presentes, afectando muy posiblemente el ejercicio de sus responsabilidades de sujetos armados. Quizás esto explique no solo la realización de acciones atroces antes consideradas impropias de las organizaciones revolucionarias, sino la deserción de algunos de sus integrantes que se trasladan con indiferencia ideológica a sus antagonistas paramilitares destacados por su vesanía.

No existen estudios de la formación de estos nuevos guerreros, pero la Psicología nos ha permitido entender, como antes se ha dicho, que o son productos de deficiente humanización o han sufrido la deshumanización propia de la participación en hechos violentos. Algunas investigaciones nos aproximan a las características de su formación. El estudio *Las niñas en los grupos armados colombianos*, realizado por la investigadora en Derechos Humanos, Erika Páez, comisionada por la ONG Terre des Hommes presenta un diagnóstico del impacto de la guerra en las menores y su autopercepción, en el que se destaca como razón común para su ingreso al grupo armado su intención “de escapar al maltrato, al abuso sexual, a la sobrecarga de trabajo doméstico y a la violencia intrafamiliar” (2002). Así mismo, en los estudios de Constanza Ardila Galvis (2001) sobre los desplazados, esto es, perdedores de la guerra, o sus familiares y amigos, están en el centro el maltrato infantil y en general las prácticas violentas e intolerantes de crianza que la investigadora llama “pedagogía de la humillación” y “pedagogía de la manipulación”. Pautas de crianza que ella encuentra afines a las descubiertas

por la psicoanalista Alice Miller en la formación de nazis (Ardila 2001).

Lo anterior es el presente, pero el pasado a veces cuenta más y para entender el presente, ante todo cuando es doloroso. La Psicología nos dice que los hombres sanos actúan en función de proyectos de futuro en tanto que los enfermos lo hacen en función del pasado.

Y sin pretender afirmar con ligereza e irresponsabilidad que todos los guerreros son enfermos, puesto que entre ellos hay también, no solo gente lúcida sino de profundos y hermosos valores, debemos tener presente el pasado doloroso y largo de su lucha. Este pasado está presente, sin lugar a dudas, en sus integrantes más antiguos y quienes generalmente ejercen posiciones de especial responsabilidad. En ese pasado no están solamente los sufrimientos inherentes a toda guerra, su angustia diaria, sus duelos y su desesperanza sino las arbitrariedades que en el pasado mucho más que en el presente, por fortuna, cometieron en nombre del Estado sus representantes armados con la anuencia o al servicio de grandes poderes. En la memoria de estos guerrilleros deben estar los cerca de 3.000 muertos de la Unión Patriótica intentando hacer política legal, así como los asesinatos de los fundadores del EPL Francisco Garnica, Ricardo Torres, Eduardo Morales y muchos otros a los que se les ha aplicado la llamada “ley de fuga”. En su memoria probablemente estén también los maltratos que muchos familiares de guerrilleros han sufrido por el solo hecho de serlo y otros hechos que han contribuido a conformar en ellos una actitud desconfiada y cargada de resentimiento, la que de seguro, de existir, no debe facilitar el diálogo eficaz que se necesita como medio para superar la actual situación.

### La ideología sustentada en la deslegitimación del Estado: texto y contexto del conflicto

Está dicho: los factores subjetivos tienen un papel determinante en nuestro conflicto interior. Y estos factores no están constituidos por la ideología marxista ortodoxa (en el sentido previo a la Perestroika), aunque se alimenten de ella. Por otra parte, la composición de las organizaciones armadas ha ido cambiando en la última década. Las organizaciones armadas revolucionarias han evolucionado ideológicamente hacia concepciones propias. Pero no se debe pretender interpretar su ideología actual atendiendo, principalmente, a su discurso programático explícito, integrado por un conjunto de proyectos reformistas con un fuerte componente estatista. Este programa no justifica la lucha armada, podría ser el sustento de un partido reformista legal. La lucha armada se sustenta en la pérdida de legitimidad del Estado colombiano durante la segunda mitad del siglo XX. Es posible demostrar que el discurso cotidiano de los guerrilleros sustenta al conflicto, más que en un proyecto social, en la carencia de legitimidad del Estado colombiano no solo ante los actores armados, lo que es verdad perogrullesca, sino ante sectores amplios de la población.

Es conveniente tomar conciencia del proceso de deslegitimación del Estado durante estas décadas.

La deslegitimación del Estado Colombiano expresa no solamente el accionar de algunos de sus representantes de manera no acorde a las leyes sino su utilización legal al servicio de intereses minoritarios. Desborda las posibilidades del autor de este escrito el realizar un recuento del proceso histórico de esta deslegitimación. Luis Carlos Restrepo, el Alto

Comisionado para la Paz del Gobierno Uribe, ha hecho en su libro *Más allá del Terror* (2002) una interesante revisión de nuestra historia en la que se destacan los manejos arbitrarios del poder estatal. A ella debe remitirse el lector.

Conviene también intentar el entendimiento del papel de los ideologías sobre el comportamiento humano. El mundo para la humanidad no es un complejo de sensaciones. Estas son percibidas e interpretadas simbólicamente. En términos contemporáneos se diría que la humanidad se mueve en mundos virtuales constituidos por prácticas sociohistóricas. El sentido es el texto y el contexto de estos mundos.

Generalmente, estos mundos simbólicos conjugan conocimientos e ideologías. Conceptualizaciones del “ser” del mundo real y de su “deber ser”. No obstante la diversidad de estas elaboraciones mediadas y mediadoras de las historias de los sujetos, a su vez partícipes de muy diversas prácticas sociohistóricas, es el acuerdo sobre sus componentes más cotidianos lo que permite la convivencia, la comunicación significativa y la colaboración en una comunidad u organización.

Al interior de una organización armada ilegal existe, en consecuencia, una comunidad simbólica, esto es, ante todo un acuerdo ideológico básico (sobre el “deber ser”) sin el cual no sería posible su existencia. Pero la concepción del “ser” generalmente apoyada ante todo en el conocimiento, puede también expresar la ideología compartida. En el caso colombiano el conflicto se sustenta actualmente para las organizaciones armadas en las ideas relativas al “ser” más que al “deber ser”, aunque en una visión del “ser” altamente ideologizada. En el pasado, al parecer ocurrió lo inverso.

Entre la organización armada y la sociedad a la que pretende representar, sin embargo, puede no existir esa comunidad de significaciones. Y de hecho, es casi inexistente en nuestro conflicto interno. De allí las interpretaciones contradictorias de unos y otros sobre los mismos hechos y las mismas realidades. De allí, en general, las mayores dificultades para un diálogo fecundo.

Puede afirmarse que las prácticas de las organizaciones armadas expresan una alta ideologización que no solo las explica sino las justifica y aún las hace necesarias, en su contexto. Comportamientos no viables moralmente en el contexto cultural predominante en nuestro país se convierten, ideologizados, no solo en comportamientos aceptables moralmente sino en comportamientos necesarios para transformar positivamente la sociedad colombiana. La ideologización procede distorsionando pragmáticamente el sentido objetivo de los comportamientos dado por sus consecuencias no solo maltratantes, perjudiciales o destructivas del otro sino injustas si se atiende a las características personales manifiestas en él. El agresor, integrante de organizaciones armadas, se refuerza en hacer abstracción de las cualidades personales de sus víctimas o “retenidos” para ver en ellos únicamente los símbolos de una categoría aborrecida “la burguesía”, las “clases dominantes”, el “enemigo”. Algunos trabajos de grado de psicólogas han evidenciado esta ideologización en guerrilleros secuestradores o “retenedores”, según su contexto. Entre los delincuentes comunes, muy diferentemente, se encuentran características psicológicas menos sustentadas ideológicamente pero más cercanas a la psicopatía. Sobre la concurrencia funcional -parcial pero no menospreciable- de la

ideologización de unos y la psicopatía, de los otros, conviene realizar estudios. Una concurrencia que aunque externa no permite a la población distinguir sus comportamientos. Y que tiene un sustento ético en el pragmatismo de unos y otros.

Las tesis de Gerlein & Ruíz (1997) y Camelo & Vargas (2000) coinciden en señalar -la primera, en 20 sujetos y la segunda, en 2 estudios de caso- los términos de tal ideologización. Para los secuestradores su acción, entendida como una “retención” de un enemigo de clase, no es un delito, o lo es menos grave que el asesinato, la violación y el robo. No es un delito puesto que la organización armada necesita de estas retenciones para financiarse y avanzar hacia sus objetivos políticos que implican la superación de la clase y el Estado al que representan las personas retenidas. La “legalidad” de tal Estado está en entredicho puesto que sostiene las inequidades que justifican la confrontación armada. El sufrimiento de los retenidos se justifica pues abre un camino para el bienestar de las mayorías que actualmente sufren por la injusticia institucionalizada. El propio secuestrador, no se ve a sí mismo como un delincuente sino como un militante al servicio de la revolución social. De hecho, la responsabilidad en la realización de los secuestros generalmente es asignada a militantes de buena trayectoria y un sólido desarrollo ideológico, aunque entre sus colaboradores estén guerrilleros con pobre formación y un vínculo con la lucha armada frecuentemente mediatizado por el compromiso personal o la identificación con el dirigente de la población armada. Tanto el sufrimiento y los riesgos del secuestrador como los del secuestrado se justifican ante él por los altos objetivos que persigue su organización.

El conflicto armado así no es, simplemente, una confrontación entre Estado y delincuentes, sino entre explotadores y explotados, entre luchadores por el cambio y la justicia sociales, de un lado, y defensores de arbitrariedades, injusticias e intereses particulares, del otro. Así, el conflicto es entre enemigos absolutos. Su superación, descontada la guerra de extinción, requiere por ende, la pérdida o debilitamiento de tal sustento ideológico.

### Hacia unas conclusiones

Conviene explicitar dos conclusiones centrales de la reflexión anterior para evitar su tergiversación:

El conflicto interno (o guerra interior) colombiano obedece a factores socioeconómicos, políticos e ideológicos que en sus orígenes fueron los argumentos de la posición político-militar tomada por quienes constituyeron las organizaciones armadas ilegales más antiguas de nuestro país. Estos argumentos, con discutibles actualizaciones forzadas por la evolución histórica nacional y mundial, siguen sustentando su accionar subversivo.

La evolución del conflicto armado, condicionada por la que el país ha tenido en los planos socioeconómico y político, principalmente, pero también por la incapacidad ideológica de las guerrillas para seducir a amplios sectores de la intelectualidad, la permanencia y a veces profundización de la pobreza y de la miseria en amplios sectores del campo y por fuentes de financiación de sus actividades atípicas en los grandes procesos subversivos (por su índole no solo ilegal sino delincencial), ha determinado el deterioro de su accionar manifestado en la realización de actos atroces (aunque en proporción bastante menor a los realizados por sus antagonistas ilegales, las

autodefensas campesinas o paramilitares). Estos actos evidencian su captación de elementos provenientes de subculturas de violencia a las que el propio conflicto fortalece y reproduce. El conflicto armado no es producto de alguna cultura o subcultura de violencia, pero su evolución las fomenta y se sirve de ellas.

Las tendencias predominantes en la evolución nacional e internacional, de índole democrático liberal, han convertido al accionar político-militar en un rezaigo sociocultural que representa a sectores muy minoritarios del país que creen ver en él la única posibilidad de superar las condiciones socioculturales y económicas en que históricamente han permanecido. La ideología de las organizaciones subversivas se sustenta más en la débil legitimidad del Estado reforzada por la frecuente inmoralidad de sus representantes y su historia de inconsecuencias que en su propia capacidad de promover el entusiasmo de amplios sectores hacia sus fines estratégicos. La vieja composición de la dirigencia de las organizaciones subversivas las hace además portadoras de una larga historia de sufrimientos, frustraciones y odios de las que hacen responsable al establecimiento -que sin embargo, renueva periódicamente en alguna medida su composición evitándose, sin planearlo, una carga análoga- que impregnan poderosamente el accionar de estas organizaciones, haciéndolo prejuizado y prevenido, rígido y lento en su evolución, incapaz de adecuarse a la evolución acelerada de la sociedad y el Estado colombianos.

Los sujetos directos de la violencia serán, por supuesto quienes presentarán dificultades especiales en un proceso de reinserción social. La guerra los habrá deteriorado afectivamente. Y entre éstos plantearán graves problemas legales para

su reinserción, los que adicionalmente a su deterioro afectivo tengan bajo desarrollo moral y hayan ejecutado crímenes atroces y por fuera de combate. Será necesaria una labor especial para su readaptación y reconstrucción y para ello será necesario crear condiciones especiales. La colaboración entre los dirigentes de las organizaciones armadas y el Estado con un buen entendimiento de esta problemática será necesaria para su superación en un proceso que puede ser prolongado.

¿Qué posibilidades tiene la sociedad para facilitar la reinserción de los sujetos de violencia que han presentado comportamientos clasificables como psicopáticos? Una es facilitar su reinserción social sin discriminarlos del resto. Este es el procedimiento común en estos casos. La consecuencia: el aumento significativo de la violencia común en las postguerras. La otra posibilidad es intentar la reeducación de estos sujetos. Sin embargo, esta alternativa tiene limitaciones. Si se atiende la experiencia de Nike Carrasco, norteamericano experto en procesos reeducativos en delinquentes por maltrato en la infancia, la duración promedio de estos procesos puede ser de 10 años, según informó en el Primer Simposio sobre Comportamiento Criminal, organizado por ABA Colombia, en 1999. Sin embargo, Carrasco no discriminó las características de los delinquentes involucrados en su investigación. Vicente Garrido (1998), destacado Psicólogo Criminólogo español, preocupado por la reeducación de la psicopatía entendida como Trastorno Disocial de la Personalidad, afirma que no existe actualmente un tratamiento eficaz para este trastorno.

Por fortuna, los sujetos con esta compleja problemática son, al parecer, una minoría entre quienes han conformado las organizaciones armadas ilegales. La mayo-

ría presentan problemáticas más fácilmente superables, mediante terapias y asesorías para su readaptación a las exigencias de sus nuevas condiciones sociales. Entre estos muy probablemente están la mayoría de los sujetos indirectos de la violencia quienes no tendrán dificultades relevantes para su reinserción deseada ansiosamente por muchos de ellos.

## Epílogo

No está al alcance del autor agotar el tema. Conviene precaver al lector sobre las limitaciones de lo realizado. Se ha intentado formular los aspectos psicológicos del accionar de las organizaciones armadas ilegales, especialmente las guerrillas. Pero la guerra es más compleja. Es una confrontación entre dos contendores. De manera que la evolución de las dos partes está relacionada así como lo está con la evolución política, social y económica del país y del mundo y no podrá ser suficientemente entendida aislando a cada uno para su estudio, como en esencia hemos hecho con excepción de algunas miradas ligeras a esas relaciones. Con seguridad, el Estado y sus gobiernos -y por consiguiente su participación en la guerra- han evolucionado profundamente también y al parecer positivamente.

Sin embargo, como destaca el marxismo del que proceden las organizaciones guerrilleras “el movimiento es el producto de las contradicciones internas” y las condiciones externas apenas condicionan ese movimiento, facilitándolo o dificultándolo. Es decir, son principalmente las características internas de las guerrillas, las de su organización y de la formación de sus integrantes, las que pueden dar cuenta de su evolución en la última década.

Finalmente, conviene hacerse varias preguntas: los responsables de una vida

de guerra ¿son únicamente los guerreros o quienes les condujeron o forzaron hacia la guerra, no dejándoles otra alternativa política (lo cual en Colombia ocurrió)? y quienes además impidieron su retorno a la vida ordinaria o de paz ordinaria, bloqueando la posibilidad de acuerdos y de

su reinserción (lo que también ocurrió en diversas oportunidades que la historia no olvidará)?. Las respuestas históricas, más allá de su valor psicológico, también son importantes para entender el conflicto interno que azota a Colombia.

### Referencias

- Allport, G. W. (1969). *La estructura del ego*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1969.
- Ardila, C. (2001). *La cosecha de la ira*. Bogotá: Fundación Social - CEDAVIDA.
- Camelo, R. & Vargas N. (2002). *El vínculo secuestrador-secuestrado. Una mirada desde el secuestrador*. Trabajo de grado. Departamento de Psicología, Universidad Nacional de Colombia.
- De La Torre, C. (1980). Nacimiento del ELN. Revelaciones de Ricardo Lara Parada. En *TRÓPICOS Nos. 3 y 4*. Bogotá,
- Garrido, V. (1998). Se puede reeducar al psicópata?. En *Personalidades Violentas*. (Echeburúa, E. Comp.). Madrid: Pirámide, 263-274.
- Gerlein, A. M. & Ruíz, A. J. (1997). *Seis dimensiones del secuestro desde el punto de vista de sus ejecutores*. Tesis de grado. Facultad de Psicología, Universidad de Los Andes.
- La Rotta M. (1996). *Las finanzas de la subversión colombiana: una forma de explotar la nación*. Bogotá: INCISE: Ediciones Los Ultimos Patriotas.
- Losada R. & Vélez E. (1991). Estadísticas de muertes violentas en Colombia. *Coyuntura Social. No. 1*. Bogotá: FES y Fedesarrollo.
- Nuttin, J. (1980 a). *Motivation et perspectives d'avenir*. Louvain: Presses Universitaires de Louvain.
- \_\_\_\_\_. (1980 b). *Théorie de la motivation humaine: du besoin au projet d'action*. Paris: Presses Univesitaires de France.
- Obujovski, K. (1987). Algunos problemas de la personalidad desarrollable. En *Psicología en el socialismo*. (Kosakovski, A. ed.). La Habana: Ciencias Sociales.

Páez, E. (2002). Las niñas en los grupos armados. Terre des Hommes, citado por Nelly Mendivelso. *UN Periódico*. No. 30. Enero 20.

Restrepo, L. C. (2002). *Más allá del Terror. Abordaje cultural de la violencia en Colombia*. Bogotá: Aguilar.

Rey, C. (2001). Empatía en niños y adolescentes con trastorno disocial y el grado de rechazo, marginación afectiva y permisividad por parte de sus padres. *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*. Vol. 6.

Samayoa, S. (1990). Guerra y deshumanización: una perspectiva psicosocial. En *Psicología Social de la Guerra*. Selección e introducción de Martín Baró, I. San Salvador: UCA Editores.

Samudio, J. (2001). El comportamiento criminal en Colombia. En *Revista Latinoamericana de Psicología*. Vol. 33 No. 1.

Young, K. (1956). *Psicología Social de la Revolución y la Guerra*. Buenos Aires: Paidós.